



LA CASA DE Bernarda Alba será la obra que presenten en el Octavo Festival Internacional Cervantino.

El teatro argentino no ha desaparecido, se han producido sólo cambios lógicos

Es director de la Compañía Estable del Teatro General San Martín de Buenos Aires

por José Enrique GORLERO

"No me atrevería a decir que el teatro en Argentina haya dejado de existir, está muy lejos de eso. Se han producido en los últimos años algunos cambios lógicos. Sigue siendo cuantitativamente de una importancia extraordinaria. Tenemos entre 40 y 50 salas funcionando todo el año, incluso funciona en verano una temporada al aire libre. No se puede hablar, de ninguna manera de una crisis, en tal caso participa de la crisis que vive el teatro en todas partes del mundo".

Kive Staif, director de la compañía estable del Teatro General San Martín habla de esta manera sobre el panorama teatral de su país. Este grupo, un total de 35 actores y directores, llegó a México para presentarse en el Octavo Festival Internacional Cervantino. En Guanajuato presentarán *La casa de Bernarda Alba*, sugerencia del FIC, pero aquí, en el teatro Juan Ruiz de Alarcón, subirán a escena dos obras más: *El reñidero*, de autor argentino y *El jardín de los cerezos*, de Chejov.

¿Cuál sería, en el caso de Argentina, el síntoma de esa crisis mundial del teatro?

—Nuestras variables, por ejemplo, podrían sintetizarse de la siguiente manera: la situación económica, en los últimos años, se tornó muy difícil. Cuesta mucho dinero montar un espectáculo, por lo tanto los grupos, digamos de teatro de arte, necesitan hacer mucho esfuerzo para hacerlo. Esto por una parte. Luego hay, sí, una carencia autoral que es la misma que existe en todas partes del mundo, no tenemos grandes autores en Argentina, ni en Francia o Gran Bretaña, como me imagino que en México tampoco. Además y esto es muy común para toda América Latina, todos esos problemas que parten de la falta de lucidez respecto a la importancia cultural del teatro. La comunidad, cierta comunidad, es invadida por la televisión o por otros medios que no tienen objetivos culturales.

Argentina vivió a comienzos de la década y me atrevería a decir que algunos años más tarde, propuestas de teatro experimental o laboratorio. ¿Se sigue trabajando en ese nivel de búsqueda?

—Bastante menos, casi diría que nada. Se han aprovechado algunas técnicas surgidas de ese tipo de trabajo colectivo, pero creo que se ha demostrado a lo largo del mundo que, salvo algunas experiencias aisladas, este tipo de creaciones cumplieron su ciclo. Parece que aquello que se había desdeñado, como la palabra autoral, por ejemplo, ha vuelto a tomar una importancia que se suponía la creación colectiva había eliminado.

¿La compañía que usted dirige utiliza esas técnicas?

—En la preparación de los espectáculos sí y se utiliza también en la formación de los actores. Pero no como mecánica utilizable para hacerla pública.

¿Cuáles son los objetivos que persiguen en la

selección del material que pondrán en escena?

—Yo soy responsable de la elección del repertorio y lo hago sobre bases que me importan mucho, en primer lugar sobre los contenidos. Queremos decir algo con el repertorio que hacemos, algo que se refiere a la libertad, a la verdad, a la dignidad de la existencia del hombre. Yo creo que ese se encuentra en los textos clásicos, que no necesariamente deben ser viejos. Clásico es para nosotros Chejov, García Lorca o Samuel Beckett, de quien hicimos el año anterior *Esperando a Godot*. Clásicos son aquellos autores que abordan temas y comentarios sobre la vida en el mundo que nos ha tocado.

La compañía de ustedes, como teatro estable, es muy reciente, fue creada en 1976. ¿A qué se debe que en Argentina no se haya construido una compañía de larga tradición, como El Galpón, en Uruguay?

—En Argentina se dieron una serie de movimientos de teatros independientes durante fines del 40, todo el 50 y el 60. Hasta que se enfrentaron, tal vez porque Buenos Aires es una ciudad multitudinaria, hay que pensarla en términos macroscópicos, a la profesionalización del artista. Y lo cierto es que el 95 por ciento de la gente que trabaja en el teatro profesional de Buenos Aires, surgió del movimiento independiente. Esto por lógica devino en una necesidad de superación individual. Tal vez en otras partes del mundo, como es el caso de Uruguay, pudieron perdurar a lo largo del tiempo por las características especiales de la comunidad donde se desarrollaron, el caso de *El Galpón* es claro a ese respecto. Montevideo es distinta a Buenos Aires.

Me extraña mucho no ver en la lista de gente que trabaja en el Teatro General San Martín, a un nombre clave para el teatro independiente, que es Osvaldo Dragún. ¿No han trabajado obras de él? En América Latina se dice con insistencia que es un autor poco valorado en su país.

—No son muchos los autores del movimiento independiente, quizá podría mencionar a Carlos Goroztiza. Pero no, no planteamos hasta ahora montar algo de Dragún, no llegó la ocasión. Sin embargo en Buenos Aires se pusieron todas sus obras. No me animaría a decirlo, pero hay en este momento un proceso de revisión del tipo de teatro de Dragún, ese teatro llamado naturalista. Tal vez sea eso. No conozco las últimas producciones de Osvaldo, no sé si sigue afiliado a la misma propuesta estética o cambió, me gustaría saberlo.

En cuanto a otros autores argentinos ¿cuáles son propicios para montar en estos momentos?

—Nuestro propósito es reponer todo el repertorio de Armando Discépolo, al que considero el mejor dramaturgo argentino, sin duda alguna el más grande de todos. Pero también estamos haciendo obras de autores noveles, en una sala experimental que está fuera de todo formalismo. Más del 50 por ciento de nuestro repertorio es de autores nacionales.

Aquí en México montarán *El jardín de los cerezos*. ¿Lo harán con el propósito stanislavskiano de hace años o pretendieron otra cosa? Y nos gustaría saber además ¿cuáles son las cuestiones temáticas que se plantearon destacar?

—Es muy difícil decir que es stanislavskiano. Creo que ante la imagen difundida de Stanislavski y de la puesta en escena de *El jardín de los cerezos*, nosotros le hemos incorporado una especie de vitalismo, que teóricamente no había en Stanislavski; cosa que discuto mucho, su propuesta era de una enorme vitalidad. No es solo la interpretación de un clima, va mucho más allá. Y en cuanto al tema que nos interesó destacar, es la emergencia de un mundo nuevo; del derrumbe de una época y de una sociedad pautaada sobre determinados esquemas socio-económicos y la aparición de un cambio social profundo y una nueva concepción de la vida. La propuesta de un mundo donde la justicia, las vías de acceso a una cierta forma de libertad, sean para una mayor cantidad de gente. Eso es lo que quise decir, interpretando a Chejov, el Teatro San Martín.

¿Qué le criticaría Kive Staif al teatro argentino que se hace ahora?

—Un cierto formalismo que se detiene en el buen nivel profesional alcanzado. Una cierta falta de autocrítica y sobre todo, falta de locura creativa. Comprendo que los riesgos económicos son grandes, implica la obligación de tener éxito y esto por lo general atempera el vuelo y la imaginación.

¿Con aquella elección de obras clásicas, muy serias y consagradas, no se corre el riesgo de moralizar sobre determinados temas? ¿Olvidar la experimentación y no atreverse a montar algo sin prever los resultados con tanta seguridad?

—Es posible y estoy de acuerdo con eso. Una de nuestras carencias es la falta de experimentación. Aun cuando crea que ciertas formas de experimentación, ya lo dije, han caducado. Pero el moralismo es muy propio de la sociedad argentina en general, cierta represión moralista que nos viene de una larga tradición, tal vez española.

¿Qué ha pasado con el teatro político argentino, también de gran tradición? Sobre todo aquel que nació a principios de esta década, con autores como Monti (entre otras escribió *Historia tendenciosa de la clase media argentina*).

—Monti sigue trabajando y hace poco se montó *Visitas*. El teatro político no ha desaparecido del todo. Ha tenido que adaptarse a determinadas circunstancias, forzado por las circunstancias políticas del país. Ningún teatro puede constituirse en una isla totalmente aislada o encerrada en una campana al vacío, despegado de la realidad que lo circunda. Y nuestra realidad ha sido muy fuerte, lo es todavía, como para que la podamos ignorar.

El Teatro General San Martín se presentará en el Juan Ruiz de Alarcón y el próximo domingo pondrá un recital de autores argentinos en el Teatro de la Ciudad.